

pionero ha trabajado sobre los materiales dispersos que ya ofrecía el *Lexikon für Theologie und Kirche*, así como otros trabajos sobre personajes y protagonistas del Concilio (en la línea de J. Grootaers, *Actes et acteurs à Vatican II*). También remite a las monografías ya existentes sobre los grandes actores, sean obispos, teólogos u observadores. Por eso constituye un instrumento indispensable para aquellos que quieran trabajar sobre el Vaticano II.—S. MADRIGAL.

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

IGLESIAS, SJ, I., «*Sentir y cumplir*». *Escritos ignacianos*, ed. J. Antonio García (col. «Manresa» n° 49, Mensajero – Sal Terrae – Universidad Pontificia Comillas, Bilbao – Santander – Madrid 2013), 434p., ISBN 978-84-293-2074-9.

El mismo P. Ignacio Iglesias (1925-2009) tenía la intención de escribir este libro —tras haber sido insistentemente invitado a hacerlo— ahora recién publicado cuatro años después de su muerte. Finalmente, ha sido J. Antonio García, su sucesor en la dirección de la revista española de espiritualidad ignaciana *Manresa*, quien lo ha hecho, tomando como título esas palabras «sentir, cumplir» tan propias de san Ignacio de Loyola en la despedida de muchas de sus cartas como alusiones a la voluntad de Dios.

El editor ha querido dar cuenta de tres inquietudes y ocupaciones de I. Iglesias a lo largo de su vida, y especialmente de sus 68 años de jesuita: los Ejercicios espirituales, el mundo y la misión, y la actualidad del carisma ignaciano. En estas tres secciones se incluyen los 23 escritos reproducidos en esta antología, además de una breve poesía (género literario en el que Iglesias también se expresó).

Sobre los primeros, escribía Iglesias en 2004: «Los Ejercicios, como proceso de acogida de la misericordia que es Dios, y de incorporación activa a ella y a su acción transformadora del mundo mediante la transformación del corazón humano, son la herramienta más valiosa que Dios ha dado a la Iglesia por medio de Ignacio y de la Compañía para hacer aflorar lo mejor de cada ser humano: el Dios que lo habita» (p. 392). La selección de nueve artículos sobre los Ejercicios espirituales recorre sus elementos formales, prácticos, de análisis del texto, de discernimiento..., muchos de ellos escritos en una época postconciliar que pedía con urgencia una actualización del texto y la experiencia ignaciana tras nuevos descubrimientos de fuentes escritas y tras la intensa renovación teológica que se estaba produciendo hace varias décadas.

El apartado «Mundo y misión» está referido y concentrado en san Ignacio. Contiene cinco textos que aluden al «lugar» en el que se lleva a cabo la misión del jesuita y de toda persona movida por mediaciones ignacianas, y el modo en que esa actuación resulta acorde con este carisma. Esta sección prepara la

tercera, expresamente consagrada a la actualización del carisma de Loyola, reuniendo diez contribuciones sobre temas cercanos a las Constituciones de la Compañía, a la vida del jesuita (sus votos, su inserción corporativa y comunitaria, su compromiso junto a «la bandera de la cruz» o «sirviendo en las fronteras...») o incluso al P. Pedro Arrupe.

Una palabra más sobre la organización de este libro. En sus primeras páginas encontramos la aportación de dos de los jesuitas que más lo trataron: la «Presentación» de J. A. García y un «In memoriam» muy completo de Urbano Valero. Y al final, una bibliografía «casi completa», como reconoce su editor, consciente de que a nuestro autor se le publicarían con certeza más escritos de los que se han podido localizar entre los medios en los que él más se movió.

A Ignacio Iglesias le marcaron mucho sus casi diez años en Roma (1972-1981) al lado del P. Arrupe siendo este superior general de la Compañía de Jesús, y colaborando muy cerca de él. A la vuelta, fue hasta 1987 provincial de España, tiempo que compaginó con la presidencia de la CONFER (Conferencia Española de Religiosos) masculina (1982-1986). Tras unos meses de estancia en Loyola, empapándose de las fuentes ignacianas, asumió la dirección de la revista *Manresa* y del Secretariado de Ejercicios para toda España. Y alternó el contenido de estas dos ocupaciones, escribiendo y dando Ejercicios casi sin parar.

Como estudioso dominaba los escritos de san Ignacio y la primera Compañía. Pero también los autores que ya consideramos clásicos, como Calveras, Iparraguirre o el mismo Arrupe. Otros más, como santa Teresa de Ávila o Teilhard de Chardin, aparecían en sus libros y artículos aquí y allá. No fue un investigador al estilo de Leturia o Dalmases, pero sí acudió a las fuentes originales y las puso a disposición de la Compañía, e incluso de otros, ya que los temas tratados eran comunes a otros muchos religiosos y evangelizadores. Al ir explicando los Ejercicios, iba siendo —como muchos lo fueron en esos años— partes de la cadena que se remontaba al siglo XVI y tomaba el impulso del Vaticano II para entregarlos a las nuevas generaciones (con las que también convivió). Sin haber sido profesor universitario, sí fue un auténtico maestro y formador del espíritu ignaciano para muchos. Su estilo era sapiencial, añadiendo al contenido teórico la garantía de haber sido ya, en gran parte, experimentado por él mismo, habiéndolo digerido antes él. Su exposición era respetuosa y rigurosa con el texto, pero original y dirigida a la práctica. En ella podemos rastrear su gran aprecio por la Biblia (decía que dar Ejercicios no era otra cosa que «explicar las Escrituras», p. 158) o su sintonía con el auge de la cristología de los años 1970 y 1980, sin que ello le apartara del recurso frecuente al Espíritu Santo.

Entre los objetivos de sus escritos, estaba preocupado por esa «secularización del corazón» causada por las múltiples idolatrías contemporáneas que alejan de Dios. A ello contraponía positivamente su gusto por la experiencia, por el proceso y el camino, la sorpresa de Dios, el discernimiento permanente,

la escucha al Espíritu, la disponibilidad, el compromiso y la justicia... Estos eran temas queridos de Iglesias, sobre los que volvía una y otra vez desde distintos ángulos.

Y, como formador de ejercitadores, les pedía que fueran testigos vivos del texto y la experiencia que transmitían y a la que disponían, siempre apuntando a la esencia, sin distracciones o digresiones. Así fue él mismo, persona «de una pieza», apasionada por san Ignacio y urgida por el anuncio del evangelio. Este libro da buena cuenta de ello.—PASCUAL CEBOLLADA, S.J.

WAAIJMAN, K., *Espiritualidad. Formas, fundamentos y métodos* (Ediciones Sígueme, Salamanca 2011), 1024 pp., ISBN: 978-84-301-1771-0.

En la vida nos encontramos con muchos tipos de libros. Hay algunos que nos cautivan desde el inicio: son tan «redondos» y tan en su sazón que ante ellos solo cabe la admiración y el disfrute. Si además coinciden con algo que íbamos buscando o se nos ofrecen como tesoros escondidos suelen dejarnos una huella imborrable. El problema es que son muy pocos, porque la mayoría pasan sin pena ni gloria y van al limbo de los libros.

Entre el limbo de los libros olvidados y el paraíso de «nuestros clásicos» se encuentran una serie de libros que nos han enseñado mucho, otros que nos han acompañado en algún momento particular de nuestra existencia y otros a los que denomino «en construcción», pues ni lo tienen todo ni son la palabra definitiva, ni lo pretenden, sino que sirven como brújula para situarse en medio de las encrucijadas. No están del todo acabados, sino que nos ofrecen una visión panorámica sobre la materia de que tratan al tiempo que nos invitan a participar en una especie de taller con una multitud ingente de materiales para trabajar, una serie de herramientas para elaborarlos y una guía con distintas formas de realizar el trabajo. Pues a esta categoría pertenece el libro de Kees Waaijman.

Esta introducción sirve para evitar algunos de los errores que, en mi opinión, podemos cometer con este libro. El primer error es creer que, dado que son más de mil páginas, nos encontramos ante un manual de espiritualidad donde encontraremos todo lo que existe sobre espiritualidad. El autor nos advierte ya desde el inicio: si alguien quiere saberlo «todo», que vaya a los grandes diccionarios que ya hay, empezando por el *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* (DSp) y finalizando por el *World Spirituality. An Encyclopedic History of the Religious Quest* (WS), por el que claramente se decanta.

Por lo tanto, no debe sorprendernos que no estén presentes muchos de los que consideramos «imprescindibles». A pesar de sus 1024 páginas, no todo cabe, y al que más le habrá dolido la selección seguro que es al propio autor. A cambio, algo poco habitual en muchos libros de espiritualidad, nos adentramos en un mundo del que nadie —hombre o mujer, laico o sacerdote, cristiano o no cristiano..., creyente o no creyente— se puede sentir ajeno. Como cuando en la primera